

CIRCULAR N ° 5

**LAS VOCACIONES RELIGIOSAS
MARIANISTAS EN LA ACTUALIDAD**

P. David Joseph Fleming, S.M.
Superior General de la Compañía de María,
Misionero Apostólico

Roma

‡

12 de septiembre de 1999

Circular n° 5 - 12 de septiembre de 1999 - p. 2

Fiesta del Santo Nombre de María

CIRCULAR NÚMERO 5
12 de septiembre de 1999
Fiesta del Santo Nombre de María

DAVID JOSEPH FLEMING, S.M.
Superior General y Misionero Apostólico,
a todos los Hermanos de la
Compañía de María

LAS VOCACIONES RELIGIOSAS MARIANISTAS EN LA ACTUALIDAD

Queridos Hermanos:

En mis visitas a las comunidades Marianistas de todo el mundo, veo que el tema de las vocaciones religiosas es el que suscita más preguntas y más preocupación que cualquier otro. En esta circular, me gustaría compartir con vosotros algunas reflexiones acerca de este apremiante asunto.

En el mes de mayo, el Padre José María Arnaiz y yo participamos en una sesión de la Unión de Superiores Generales que abordó el tema de la crisis de vocaciones en Europa y en Norteamérica. Después, durante la primera semana de julio, tuve la oportunidad de participar en una reunión muy interesante organizada por el Padre José María en Roma para los marianistas al cargo del apostolado vocacional en nuestras comunidades de Europa, América, Corea y Japón. Para el próximo año, se está organizando una sesión similar dirigida a quienes trabajan en las tierras en las que abundan las vocaciones: los siete países en los que estamos presentes en el Africa Sub-Sahariana, e India. El objetivo de estas reuniones es “presentar una nueva propuesta de la vocación marianista” para nuestro tiempo: en otras palabras, relanzar el apostolado vocacional en nuestras provincias, regiones, y sectores.

El apostolado vocacional no es una cuestión de métodos y técnicas. En cualquier caso, ha de ser adaptado a cada país y a cada cultura. Lo que con demasiada frecuencia nos falta es la motivación y el compromiso clarividente necesarios para invitar a la gente a compartir nuestra vida. En sus vidas como religiosos marianistas, los responsables del apostolado vocacional presentes en nuestra reunión de Roma irradiaban alegría y generosidad entusiasta, apoyo fraternal y felicidad. Si somos capaces de multiplicar a estas personas dentro de la Compañía, nuestra nueva propuesta de la vocación marianista será un poderoso signo para las personas que nos encontremos, una verdadera invitación a muchos de ellos para “venir y ver”.

El poder de atracción del carisma marianista hoy en día

En realidad, la crisis de vocaciones que experimentamos en nuestras áreas de fuerza tradicionales no es ni un fenómeno a nivel mundial ni tampoco una crisis del carisma marianista en sí mismo. Afecta a ciertas partes del mundo mucho más que a otras. En Europa y en Norteamérica se trata de una verdadera crisis de la Iglesia que nos afecta a nosotros y también a la mayoría de las restantes congregaciones religiosas.

Actualmente tenemos más de 200 jóvenes en nuestras casas de formación, desde el nivel de pre-noviciado hasta la profesión perpetua. Esto representa en torno al 15% del total de nuestros miembros lo cual, aunque dista mucho de ser suficiente, no es un número tan pequeño. Cada año tenemos aproximadamente 70 novicios, el doble de lo que ocurría hace diez años. La gran mayoría de estos jóvenes - aproximadamente dos tercios - se encuentran en nuestras jóvenes regiones y sectores de Africa e India. Diversas comunidades marianistas de América Latina tienen también un número constante de candidatos, y la apertura este año del nuevo noviciado común de Santiago debería representar una ayuda en su formación, perseverancia, y sentido corporativo. La región de Corea tiene un número inferior aunque constante de nuevos candidatos.

No debería haber ninguna duda en el sentido de que la vida religiosa marianista tiene un brillante futuro, aunque debemos asumir que el futuro va a ser diferente del pasado, con menos europeos y norteamericanos, más variación en culturas y nacionalidades, más diversidad, y una mayor presencia entre gentes que viven rodeadas de multiplicidad religiosa y de pobreza. Como Compañía deberíamos dar la bienvenida a este nuevo futuro con una actitud positiva y agradecida, como una gracia que el Señor y María nos están preparando a lo largo de estos años. Es importante para todos nosotros que nos sintamos agradecidos por la vitalidad de las nuevas vocaciones religiosas en nuevos lugares de nuestro tiempo.

El carisma marianista también está demostrando una gran vitalidad entre los laicos de muchos países. En todo el mundo, aproximadamente diez mil católicos, religiosos y laicos, viven conscientemente el carisma del Padre Chaminade de la consagración-alianza Mariana. Es alentador ver cómo tantos laicos responden a la invitación de compartir la espiritualidad, la comunidad, y la misión marianistas. Nunca antes, en toda nuestra historia, ha habido tanta gente que se considere a sí misma "marianista". Necesitamos trabajar todos juntos para profundizar y reforzar este sentimiento, aún naciente, de pertenencia a la Familia Marianista. Pero, está claro que en el mundo de hoy nuestro carisma tiene un gran poder de atracción para muchas personas.

Gracias y retos de la crisis vocacional

Al mismo tiempo, no podemos ignorar la importante y prolongada crisis de vocaciones de la vida religiosa, particularmente en Europa y en Norteamérica, continentes en los que aún se encuentran la mayoría de los religiosos marianistas. En la primavera de 1999, sólo tuvimos cuatro novicios en Europa y cuatro en Norteamérica. Tenemos que encontrar formas de trabajar juntos para lograr una mejora significativa. Pero, primero, detengámonos a considerar algunas de las gracias y de los retos que acompañan a esta crisis de vocaciones.

Estoy convencido de que, en último término, esta crisis sólo puede explicarse como parte de una profunda purificación a través de la cual el Señor nos está pidiendo a nosotros, los religiosos, que vivamos estas décadas desde el Vaticano II.

La crisis de vocaciones nos está dando una lección de humildad y de confianza. En el pasado, a menudo caíamos en la tentación de confiar en una gran cantidad de miembros jóvenes, en sus dones y talentos y en su esmerada educación, incluso más que en la gracia de Dios. En ocasiones presumíamos un poco de nuestra habilidad para atraer a personas de talento y mantener obras de gran prestigio e influencia.

Por muy buenas que sean en sí mismas todas estas cosas, hoy el Señor nos está llamando a la humildad, a confiar en la Providencia en lugar de aferrarnos a nuestro talento, al número de miembros, a nuestras instituciones o a nuestra reputación. El trabajo que es necesario realizar para construir el Reino de Dios en nuestro tiempo se hará porque Él así lo desea, por mucho que nuestra contribución pueda parecernos débil y frágil. María seguirá trayendo a Cristo a nuestro mundo, aunque nosotros, sus misioneros, seamos plenamente conscientes de nuestras carencias e imperfecciones.

En realidad, nuestra respuesta a esta purificación con demasiada frecuencia incluye sentimientos de gran culpabilidad, desaliento y pesimismo. Creo que una respuesta adecuada debería incluir todas las virtudes de purificación que el Padre Chaminade resaltó: confianza en Dios, recelo de uno mismo, recurso a los consejos, paciencia resignada, oración frecuente, y la firme renovación de nuestros compromisos.

¿Pensáis que hubiésemos tenido la visión y el valor de compartir con los laicos de una forma tan amplia nuestra misión en la educación y en otros apostolados si el Señor no nos hubiese guiado a través de esta crisis de vocaciones religiosas?

Sin la crisis, ¿hubiésemos sentido con la misma urgencia la necesidad de una nueva opción por los pobres, de acercarnos a nuevas partes del mundo, de ser creativos en nuestros métodos pastorales, de desarrollar el apostolado laico?

Sin la crisis, ¿hubiésemos sentido con la misma urgencia la necesidad de volver a las raíces de nuestro carisma, de invitar a otros a compartir el carisma con nosotros, de unirnos en la misión de María?

Sin la crisis, ¿hubiésemos acogido del mismo modo las contribuciones de los Marianistas de las nuevas fundaciones del Tercer Mundo, tan enriquecedoras desde el punto de vista cultural y eclesial occidental?

Si vosotros o yo dirigiésemos el mundo, quizá no hubiésemos elegido el método de una prolongada crisis de vocaciones para resaltar estas gracias y retos. Pero ¿quiénes somos nosotros para cuestionar los métodos de Dios? A menudo somos demasiado tercos y obstinados, y creo que Dios está rompiendo nuestras defensas para que podamos cooperar mejor, con mayor confianza y entrega, en sus planes para la Iglesia y para el mundo de nuestro tiempo.

La próxima beatificación del Padre Chaminade es una ocasión para reflexionar sobre los planes de Dios para el carisma marianista de hoy en día, para cooperar y encontrar un nuevo valor y una nueva resistencia en nuestro camino bajo la protección del Señor de la historia.

Algunas palabras de aliento

Para motivarnos en nuestro apostolado vocacional, contamos con las alentadoras palabras del Papa Juan Pablo II en *Vita Consecrata*: “No sólo tenéis una gloriosa historia que recordar y a la que referiros, sino que además ¡tenéis una gran historia aún por escribir! Mirad hacia el futuro, hacia donde el Espíritu os está enviando para hacer cosas aún más grandes” (par. 110).

Reconociendo la pesada carga que soportan las instituciones religiosas y toda la Iglesia provocada por la crisis de vocaciones en el mundo desarrollado, el Papa nos pide que

mantengamos nuestra “confianza en el Señor Jesús, que sigue llamando a los hombres y mujeres a seguirle”, y que invirtamos nuestros “mejores recursos con generosidad en el trabajo vocacional” como “la forma más auténtica de colaborar con la acción del Espíritu” (par. 64)

Aunque reconoce que ninguna institución individual puede “reclamar la permanencia”, expresa su convicción de que “la misión eclesial de la vida consagrada... está destinada a perdurar.” Nos invita a enfrentarnos a la crisis “con la serenidad de los que saben que lo que se necesita de cada individuo no es el éxito, sino el compromiso con la fidelidad” (par. 63).

Estas profundas palabras son al mismo tiempo esperanzadoras y realistas. Pueden resumirse diciendo que Dios quiere nuestra humilde fidelidad y nuestra alegría, nuestra confianza y nuestra generosidad. Podemos dejar que El se encargue de los resultados. En nuestro caso, también podemos confiar estos resultados de una manera muy particular a María, en cuyo nombre y por cuyo honor hemos abrazado esta vida religiosa.

La vida religiosa, un excelente camino

Antes del Vaticano II, en el apostolado vocacional estaba muy extendida la idea según la cual la vida religiosa era “más perfecta” que otras formas de vida, un camino mejor para seguir al Señor. Al subrayar la vocación común a la santidad de todos los Cristianos, el Concilio hizo que dicha teología quedase obsoleta. En su lugar decíamos que la vida religiosa era simplemente “otra forma” de seguir al Señor, y casi pedíamos disculpas cuando admitíamos el hecho obvio de que muchos laicos viven una vida más santa que muchos religiosos. De esta manera, toda la doctrina que se basaba en la grandeza de nuestra forma de vida quedaba relegada a la sombra.

Nadie se convierte en marianista simplemente por algún tipo de “excelencia o superioridad” abstracta. Más bien al contrario, la gente se une a nosotros porque siente una llamada para seguir a Jesús y ve nuestra vida como una excelente ayuda para seguir esa llamada. Aún así, creo que ha vuelto el momento, no de hacer pretenciosas y poco auténticas reivindicaciones de superioridad, sino de reforzar esta excepcional excelencia de nuestro modo de vida.

La consagración mediante los votos religiosos nos ofrece la posibilidad de un compromiso total de todos los aspectos de nuestra vida para el Reino de Dios. Lo que hay de más personal e íntimo en cada uno de nosotros como personas humanas - por ejemplo, nuestra identidad en las esferas del amor y de la familia, nuestra capacidad de trabajar y de adquirir un poder económico, la autonomía para dirigir nuestra vida como queramos, la capacidad de realizar compromisos para toda la vida - todo esto se transforma y canaliza a través de nuestros votos religiosos. La vida religiosa es un método particularmente excelente de seguir al Señor porque nos predispone a desarrollar un “corazón no dividido” (Regla de Vida 18) más fácilmente disponible al Señor, a la Iglesia, al Reino, y a la Familia de María.

Por supuesto, muchos laicos, incluyendo a los marianistas, son más santos que muchos de nosotros religiosos. No podemos reclamar el monopolio sobre la santidad, que sigue siendo una “llamada universal”. Sin embargo, necesitamos comunicar, modesta aunque firmemente, la grandeza de nuestro modo de vida. En particular, necesitamos comunicar esta convicción a los jóvenes de nuestro alrededor. No deberíamos dudar en invitarles a considerar la posibilidad de elegir este camino especialmente perfecto. Si nuestra vida no tiene esa perfección, si no presenta ciertas ventajas especiales, ¿por qué deberían elegirla?

Tengo la impresión de que en muchos países no hemos sabido comunicar esta excelencia a los laicos, jóvenes o adultos, y en ocasiones tampoco a las Comunidades Laicas Marianistas. No estoy seguro de que hayamos reflexionado con la profundidad suficiente en el papel esencial de los religiosos en la totalidad de la Familia Marianista: “con ellos, somos marianistas; para ellos, somos religiosos.”

Con demasiada frecuencia, incluso padres cristianos practicantes quitan a sus hijos la idea de considerar una vocación religiosa. Muchas personas aprecian en gran medida el servicio y el ejemplo de nuestras vidas, pero aún les falta reconocer la unión que existe entre este aprecio y la grandeza intrínseca de la vocación de la vida religiosa marianista.

¿Por qué necesitamos vocaciones?

Hay muchas razones por las cuales actualmente la Iglesia y el mundo necesitan vocaciones religiosas. No creo que sea necesario entrar en demasiado detalle para explicar las razones. Simplemente me gustaría evocar algunas de ellas:

1. Hoy en día, existe una gran sed de espiritualidad entre la gente de todas las edades, y especialmente entre los jóvenes. En muchos casos, la gente siente una falta de esencia y de estructura espiritual en sus vidas. En contraste con lo que ocurría hace aproximadamente veinte años, hoy no existe ningún movimiento importante de rechazo frente a las espiritualidades (probablemente no entendidas) consideradas opresivas y deshumanizantes. A falta de una niñez en la que se hayan inculcado las tradiciones religiosas y un análisis intelectual de los conceptos religiosos, muchos sienten un vacío espiritual y se aferran a cualquier enseñanza que parezca ofrecer la esperanza de un contacto con Dios o con algo trascendente.

Nosotros los religiosos, tenemos una rica tradición espiritual que puede satisfacer esta sed espiritual. Pero sólo seremos capaces de comunicar esta tradición si nosotros mismos la vivimos auténticamente y si en primer lugar la proyectamos mediante nuestro modo de vida, y después a través de nuestras palabras. Cuando logramos comunicar las riquezas espirituales del carisma marianista, una y otra vez encontramos una respuesta entusiasta. La primera y más importante necesidad para que existan vocaciones religiosas es ofrecer “expertos” (es decir, personas con verdadera experiencia) en espiritualidad para un mundo que busca un sentido y que busca a Dios.

2. La gente hoy en día también busca una comunidad. La cultura moderna tiende a individualizar y a aislar. Los religiosos marianistas también se supone que son “expertos” (personas con una experiencia verdadera y realista) en comunidades. Con nuestra fuerte tradición de espíritu de comunidad y familiar, ofrecemos una atrayente sensación de aceptación y de pertenencia. A través de la experiencia de la comunidad marianista, aprenden la disciplina y el olvido de sí mismos que sientan las bases para la dedicación y la alegría colectivas. Necesitamos vocaciones de religiosos Marianistas, al igual que el Padre Chaminade en su momento, para ayudar a multiplicar las oportunidades de experimentar este tipo de comunidad de fe.

3. También necesitamos vocaciones de religiosos marianistas debido a los “apremiantes proyectos misioneros” a los que el Señor y Su Madre nos llaman por mediación de la Iglesia de nuestro tiempo.

Tenemos instituciones maravillosas. Necesitamos insistir en el hecho de que estas instituciones son excelentes instrumentos apostólicos para responder a los nuevos retos del presente y del futuro. La mayoría de nosotros estamos convencidos de que este es el caso, pero dudo que seamos lo suficientemente convincentes a la hora de transmitir esta convicción. Muy pocos se verán motivados a elegir la vida religiosa si simplemente es para mantener algo que ya existe. Querrán dedicar sus energías a nuestras instituciones sólo si pueden ver claramente su potencial apostólico ahora y en el futuro.

Necesitamos que los religiosos trabajen codo con codo con un número cada vez mayor de laicos comprometidos para mantener y estimular el carácter cristiano y marianista de estos excelentes instrumentos apostólicos.

4. Por la libertad apostólica, movilidad y disponibilidad que caracterizan nuestra vida religiosa (Regla de Vida 64), estamos perfectamente dotados para desempeñar nuevas misiones. Podemos ser pioneros y exploradores de nuevas fronteras, lo que el Papa Juan Pablo II llama los “nuevos areópagos” de la evangelización. Sin lugar a dudas esta era la convicción del Padre Chaminade cuando asumió la tarea de fundar una nueva congregación religiosa en la Iglesia. Necesitamos nuevas vocaciones para responder a las nuevas necesidades que están surgiendo.

Hoy en día estas nuevas necesidades parecen agruparse en torno a tres aspectos:

.La opción preferente para y con los pobres está llevándonos a un maravilloso desarrollo de los servicios marianistas en el campo de la educación, tanto reglada como no-reglada, entre los pobres; desarrollo de la formación técnica; de los programas de desarrollo; y también desarrollo en el campo de la presencia pastoral en áreas desatendidas, tanto urbanas como rurales. Todos estos nuevos apostolados necesitan los servicios de más religiosos.

.La evangelización de la cultura contemporánea es especialmente urgente. Los medios de comunicación (música, películas, televisión, Internet, arte, y la palabra impresa) presentan grandes e infrutilizadas oportunidades para esta misión. Necesitamos más religiosos capacitados y formados en esta evangelización de la cultura.

.Con la ayuda de las comunicaciones y de los transportes contemporáneos y, al cabo de dos mil años, la presencia de la Iglesia en todo el mundo, finalmente se está convirtiendo en una realidad de nuestro tiempo. El carisma marianista tiene mucho que ofrecer en muchos lugares en los que aún no existe.

5. La vida religiosa, hoy como siempre, es necesaria por su capacidad de llevar un testimonio profético a un mundo lleno de sufrimiento, soledad, y confusión. Este testimonio profético incluye la denuncia del mal y el anuncio de la Buena Nueva de Jesús. Implica un estilo de vida que pone en evidencia el hecho de que el Reino de Dios ya está entre nosotros, que es posible vivir de un modo diferente. La gente necesita ver este tipo de testimonio de forma concreta. Nuestro modo de vida según la profesión de los votos nos prepara para ofrecer este testimonio. Si lo vivimos visiblemente y con alegría, la gente de una alta calidad espiritual querrá unirse a nosotros.

La capacidad de nuestras provincias y regiones para atraer vocaciones

En mis visitas a las unidades de la Compañía, veo una estrecha correlación entre la urgencia del dinamismo misionero y la situación de las vocaciones en la vida religiosa marianista. Las

nuevas vocaciones se atraen en gran medida por la experiencia de la espiritualidad y de la comunidad, pero sólo las comunidades con un intenso enfoque apostólico parecen tener éxito a la hora de atraer y de retener una gran cantidad de vocaciones.

Algunas comunidades tienen dificultades para expresar claramente cualquier tipo de dinamismo. Cuando un joven muestra interés por unirse a nosotros, a estas comunidades no les resulta fácil incluirle en ningún tipo de apostolado colectivo. A los marianistas les resulta difícil explicar a qué están invitando a los nuevos candidatos. Naturalmente, las vocaciones en este tipo de comunidades son escasas.

Otras comunidades no parecen tener en el horizonte ningún tipo de meta en común que mantenga sus instituciones actuales. Quizá estas instituciones dan por sentado que sus obras son importantes para el presente y para el futuro. Pero esta importancia ha de hacerse palpable para los que estén considerando un compromiso de por vida como marianistas. Ha de quedarles claro que no somos simplemente un “negocio” que intenta vender su “producto” o mantener a su “clientela”. Estas unidades atraen algunas vocaciones, pero los recién llegados pronto se sienten desbordados y asustados por el volumen de las expectativas que pesan sobre ellos desde un principio. Con mucha frecuencia “se queman”.

Por otra parte, otras comunidades parecen tolerar una multiplicidad de proyectos apostólicos y comunitarios, pero más como iniciativas individuales que como un dinamismo colectivo. Las pocas vocaciones que llegan no consiguen vislumbrar ningún tipo de finalidad colectiva, y muchas de ellas caen en el camino.

Algunas comunidades tienen un enfoque demasiado ambicioso y pesado. Quieren hacerlo todo. Intentan mantener todas las obras existentes y también desean comenzar otras nuevas. Los candidatos potenciales ven a los religiosos de estas comunidades excesivamente ocupados, sometidos a un exceso de trabajo y de presión. Los pocos que entran fácilmente se ven desmotivados y cansados.

Existen provincias y regiones que presentan una imagen más positiva, en las que el apostolado de las vocaciones es una alta prioridad. En estas comunidades, el apostolado vocacional es una parte integrante de todo su apostolado, en especial entre los jóvenes. Cada miembro comparte la responsabilidad de invitar a gente a considerar una vocación religiosa. Estas comunidades viven una experiencia de desarrollo continuado y tienen la capacidad colectiva para mantener las obras existentes, cada vez en mayor colaboración con los laicos, al tiempo que, de vez en cuando, acometen nuevos proyectos. Estas comunidades tienen la paciencia de permitir a los nuevos miembros crecer y madurar antes de cargarles prematuramente con pesadas responsabilidades institucionales. Por supuesto, esta descripción representa un ideal, pero es cierto que existen algunas comunidades dentro de la Compañía que se aproximan a este ideal.

Vocaciones y revitalización marianista

Está claro que las vocaciones están íntimamente relacionadas con la revitalización de la vida marianista. No se trata de decir que las vocaciones representan algún tipo de recompensa que Dios concede a los buenos programas de renovación, o que cada provincia o región con una vida revitalizada fuerte, automáticamente vaya a tener muchas vocaciones. La imagen vocacional también depende en gran medida de la atmósfera religiosa general de cada país. Pero es evidente que las vocaciones llegarán más fácilmente a aquellos grupos llenos de vitalidad y fervor. Tal y como el Padre Arnaiz nos recuerda, “las vocaciones no maduran a bajas temperaturas.”

Algunas de nuestras comunidades puede que tengan temperaturas demasiado bajas. Uno de los directores de vocaciones que asistió a nuestra reunión en Roma contrastaba una “vida religiosa gris” con una vida “brillante y vibrante”. La vida religiosa “gris” o “triste” la describía como burocrática, centrada en las reglas, en la rutina y en la administración, fatigosa y con exceso de trabajo, enfocada hacia la realización de tareas. El tipo de vida religiosa “brillante y vibrante” lo presentaba como amistoso, alegre, cercano a la gente, práctico, radical, que ofrece un testimonio atractivo, centrado en la misión en vez de en las tareas.

La misma persona hablaba de “embolismos”, zonas muertas que han de ser diagnosticadas y tratadas en nuestra vida en común. Aquí podríamos estar refiriéndonos, por ejemplo, a una tendencia a retirarse tras puertas cerradas con llave, a esconder nuestra vida de comunidad y de oración de los demás, a secularizarnos, de una forma tan refinada y cómoda, como la del resto del mundo, que el valor de los signos y la visibilidad de nuestra vida marianista llega a desaparecer.

Sin lugar a dudas, una vida religiosa “brillante y vibrante”, vivida con intensidad y transparencia, es el tipo de vida que va a atraer nuevos miembros. Esta verdad es hoy en día especialmente evidente en el mundo occidental, donde escasean las vocaciones: los escasos grupos que tienen éxito a la hora de atraer a nuevos miembros en esta situación post-moderna se caracterizan todos ellos por una cierta intensidad, visibilidad y claridad en el enfoque.

Los directores de vocaciones franciscanos a menudo dicen que la atractiva imagen de San Francisco sigue siendo su mayor “reclutador”. Estoy convencido de que María desempeña un papel similar en nuestro caso. Muchos de nosotros nos vimos atraídos a ser marianistas porque percibimos algo del dinamismo misionero, del calor formativo, y de la intensidad de la fe que la Iglesia siempre ha percibido en María. La dimensión Mariana es una parte fundamental de la motivación carismática que motivará a los jóvenes a formar parte de la Compañía de María. Invitemos a la gente a unirse a nosotros en nuestra consagración-alianza con María.

Cómo vivimos nuestra vida comunitaria a menudo determina el éxito o el fracaso de nuestro apostolado vocacional. La vida de comunidad suele ser al mismo tiempo nuestro punto fuerte y nuestra debilidad. La Regla de Vida nos recuerda que “toda nuestra vida de comunidad está inspirada por el mandamiento nuevo del amor. Si lo olvidamos, nuestra vida en común será una fuente de ruina; si él inspira nuestras acciones, la vida comunitaria irradiará alegría, infundirá amor y estima por nuestra vocación, atraerá a otros a participar de nuestra vida y fortalecerá nuestra dedicación al apostolado” (art. 38). Si vivimos juntos ayudándonos y estimulándonos mutuamente, otros querrán compartir nuestra vida. Si vivimos en medio de la tensión, de la irritación, y de la falta de comunicación, siguiendo cada cual nuestro propio camino, viviendo en soledad a todos los efectos prácticos, incluso aunque compartamos el mismo techo con los demás, tendremos pocas vocaciones.

Cuando los jóvenes vienen a nosotros, es importante recibirles y hacerles sentir que sus voces pueden ser escuchadas y sus preocupaciones atendidas en nuestra vida colectiva. En demasiadas de nuestras comunidades, los miembros tienen el estatus de “Hermanos menores” ¡hasta bastante tiempo después de haber realizado su jubileo de plata! Por supuesto, no debemos sobrecargar demasiado temprano a nuestros miembros con demasiadas tareas de responsabilidad, pero deben poder sentir que sus capacidades, su experiencia y sus percepciones son importantes. No deberíamos esperar demasiados años para mirar entre ellos y elegir directores de comunidades y de obras, o elegir miembros asistentes a Capítulos.

El informe de la Reunión de Vocaciones de Roma resume de un modo claro y sucinto la relación que existe entre nuestra revitalización y nuestro apostolado vocacional:

.Los jóvenes se unen a grupos que se caracterizan por un optimismo y una ilusión que se hace patente en la felicidad de sus miembros.

.Los jóvenes buscan grupos en los que exista un fuerte sentimiento de comunidad. Buscan amigos que les reciban para compartir el viaje de la vida apostólica.

.Vienen a nosotros cuando ven a gentes que dan su vida, que son generosas a la hora dedicar sus energías a los demás, sin ningún tipo de egoísmo.

.Vienen a comunidades abiertas que no tengan miedo de compartir su lucha sincera por vivir como hermanos, compartiendo sus éxitos y fracasos, sus experiencias en la oración, en la vida del celibato por el reino de Dios y en el logro de la satisfacción y de la plenitud.

.Vienen a comunidades de oración que inviten a los demás a orar con ellos.

El apostolado vocacional, parte integrante de todas nuestras obras

El año pasado el Vaticano organizó un Congreso con el tema “Nuevas vocaciones para una nueva Europa.” Quizá su conclusión más importante fuese la llamada a integrar nuevamente el apostolado vocacional en todos los apostolados de la Iglesia. El hecho de llamar y de invitar al compromiso es una parte integrante dentro de la proclamación de la Buena Nueva de Jesús. La Iglesia debe crear una “cultura vocacional”, en la que se presuma que todos hemos sido llamados por Dios y donde parezca normal reflejar un compromiso de por vida en respuesta a Dios. Una cultura vocacional de este tipo existía en el pasado, pero en algunos lugares hoy en día se ha perdido.

Nosotros, marianistas, necesitamos examinar la forma en que realizamos nuestro trabajo, de manera que veamos si hemos integrado suficientemente este elemento vocacional. Quizá, en algunas ocasiones, en nuestro apostolado hemos estado tan resueltos a alentar, a consolar o a corregir, que el aspecto vocacional se ha visto afectado. En cualquier caso, ya estemos tratando con niños de la escuela primaria o con adultos, todo apostolado conlleva invitar a la gente a responder positivamente al Señor y tomar en la vida las decisiones apropiadas motivadas por los Evangelios.

Las vocaciones y la Familia Marianista

Las vocaciones religiosas son también responsabilidad de toda nuestra Familia Marianista. Chaminade fundó sus dos congregaciones religiosas porque estaba convencido de que lo religioso tendría un papel irremplazable y permanente que jugar entre todos aquellos que comparten el carisma marianista. Debemos asumir que se trata de un papel exclusivamente nuestro e invitar a las Comunidades Laicas Marianistas a ayudarnos en la tarea de desarrollar las vocaciones religiosas.

La colaboración dentro de la Familia Marianista en el apostolado vocacional implica que cuando proponemos la posibilidad de cualquier vocación marianista, laica o religiosa, deberíamos presentar todo el abanico de posibilidades para vivir nuestro carisma dentro de una variedad de estados de vida. Esto quiere decir que deberíamos considerar la Familia

Marianista como un contexto normal en el que nutrir y desarrollar la cultura vocacional mencionada anteriormente. También quiere decir que deberíamos ser claros a la hora de presentar qué es lo específico a cada estado de vida dentro de la Familia, y cuál es el papel exclusivo e irremplazable propio a cada elección. Quiere decir que deberíamos invitar a los marianistas laicos a colaborar en acciones específicas para la promoción de las vocaciones religiosas.

En algunos lugares, este enfoque ya ha comenzado, ilustrando la afirmación de la Regla de Vida cuando dice que “el contacto con otros cristianos comprometidos en la Familia Marianista nos puede ayudar a comprendernos mejor como religiosos” (art. 1.2). Sin embargo, en algunas de las visitas que he realizado este año me ha sorprendido descubrir que a los estudiantes que finalizan sus estudios en nuestros colegios se les invita a comprometerse con el carisma marianista en una comunidad laica ¡sin ningún tipo de referencia a la posibilidad de convertirse en religiosos!

Apostolado de la juventud contemporánea

La vocación a seguir la vida religiosa puede llegar a cualquier edad, pero hoy en día se produce con mayor frecuencia entre los jóvenes en edad de discernir la dirección a seguir en la vida. Muchas de nuestras comunidades ya no tienen un gran contacto con estos jóvenes. Nuestro trabajo tiende a centrarse en niños en edad escolar, pocos de los cuales parecen preparados a tomar una decisión vital de este tipo, y en adultos casados y sus familias en las parroquias. El apostolado con los jóvenes es una necesidad básica para la Iglesia de nuestro tiempo, y una elección obvia si queremos hacer énfasis en el apostolado vocacional. ¿Qué contactos tenéis, o tiene vuestra comunidad, provincia o región, con adultos jóvenes que estén dispuestos a tomar decisiones de este tipo? ¿Qué necesitáis hacer para tener más contactos de este tipo? Quizá sea necesario que salgamos más de nuestras oficinas y entremos en un contacto más personal con estos adultos jóvenes.

Tratar con los jóvenes post-modernos es una experiencia nueva para algunos de nosotros. Muchos de ellos son generosos e idealistas, fácilmente motivados en las acciones concretas de solidaridad y de servicio. Muchos de ellos buscan una espiritualidad más profunda y una comunidad.

Normalmente no tienen una gran formación religiosa o demasiado sentido de la estructura y dirección en su experiencia religiosa. Puede que tiendan a tratar las ideas religiosas de un modo que se ha denominado “consumista”, eligiendo un poquito de esto y un poquito de aquello, rindiendo obediencia a todos los dioses y a todas las espiritualidades, buscando experiencias inmediatas en lugar de disciplinas y compromisos a largo plazo. Se sienten un poco paralizados a la hora de tomar decisiones en sus vidas. La idea de un compromiso permanente les resulta muy difícil. Quizá tengan razón en reconocer su importancia; ciertamente no se han visto inspirados por los frecuentes ejemplos de infidelidad de sus predecesores.

La castidad a menudo les resulta misteriosa. La psicología popular y los medios de comunicación modernos les han hecho sospechar que realmente no se trata de algo ni normal ni saludable. Por otra parte, padecen las consecuencias de las relaciones ocasionales, no-comprometidas, que ven en torno a ellos.

En la actualidad, el apostolado vocacional es una “tierra de misión” para muchos de nosotros. No deberíamos presumir que los antecedentes de los jóvenes de hoy en día son iguales que

los nuestros. Debemos “inculturarnos”, entender sus valores positivos y empatizar con ellos, aprender a hablar su idioma, a usar sus gestos, a respetar sus preocupaciones, a responder a sus necesidades. Necesitamos algo más que simples contactos ocasionales. Necesitamos “acompañarles”, pacientemente, sin esperar nada a cambio, en la larga y cautelosa búsqueda de su manera de responder a la llamada de Dios. Sólo así podremos ser creíbles cuando les invitamos a compartir nuestra vida.

Hoy en día los jóvenes generosos y fieles existen. Muchos de ellos son capaces de demostrar un gran heroísmo y están deseosos de prestar un servicio creativo. Si creen en Jesucristo y en la Iglesia y si, siguiendo el ejemplo de María, están dispuestos a comprometerse con una comunidad dedicada a la formación en la fe, especialmente entre los jóvenes y los pobres, prometen mucho en su vocación marianista. Regularmente encontramos a jóvenes así entre nuestros estudiantes más maduros, entre los miembros de nuestras comunidades laicas, entre los que ofrecen voluntariamente sus servicios en el apostolado. No tenemos que tener miedo de imitar la franqueza del Papa Juan Pablo II al dirigirse a ellos: “A vosotros, jóvenes, os digo: si oís la llamada del Señor, ¡no la rechazéis! Atrevedos a formar parte del gran movimiento de santidad que comenzaron los santos para seguir a Cristo” (Vita Consecrata, pár. 106).

Unas palabras para los más desanimados

Es demasiado frecuente encontrar entre nosotros una mentalidad de desaliento. Algunos marianistas religiosos parecen vivir sin demasiada esperanza respecto a un futuro en común. Su pesimismo corre el riesgo de convertirse en una profecía que por su propia naturaleza contribuye a cumplirse: tienen poca esperanza en las vocaciones, y por eso hacen pocos esfuerzos por fomentarlas.

Esta mentalidad de desaliento a menudo incluye elementos de culpabilidad, como si la crisis fuese totalmente culpa nuestra, o como si alguna reforma específica, un cambio en la actitud de los superiores, o la vuelta a algún tipo de práctica religiosa, pudiesen forzar a Dios a darnos nuevamente abundantes vocaciones. Esta mentalidad incluye una considerable desconfianza, una tendencia a sospechar de cualquier florecimiento de nuevas vocaciones y a distanciarse de un compromiso con ellas.

Como intelectuales bien formados, muchos de nosotros padecemos una cierta hipertrofia del sentido crítico. Somos buenos analizando los problemas, explicando las causas de nuestra falta de vocaciones. Pero somos lentos a la hora de llevar a cabo acciones importantes. Nuestras declaraciones sobre el problema tienden a ser tan abstractas que pierden toda su fuerza. Catalogamos con brillantez las deficiencias de la juventud moderna, incluyendo a nuestros propios candidatos. Ponemos las expectativas tan altas y somos tan impacientes con el proceso de crecimiento que hay pocos jóvenes que puedan llegar a satisfacerlos. Dedicamos más tiempo a maldecir la oscuridad que a encender velas para iluminarnos.

Sobre todo, la mentalidad del desaliento incluye un elemento de gran cansancio: a pesar de todas nuestras oraciones y esfuerzos, en muchas partes de la Compañía no han llegado demasiadas vocaciones. “Os hemos tocado la flauta, y no habéis bailado, os hemos entonado endechas y no os habéis lamentado” (Mateo, 11,17; Lucas 7,32).

Las personas con esta mentalidad tienden a considerar cualquier propuesta nueva en relación con las vocaciones religiosas marianistas como casi imposible. Al menos piensan que requeriría un gran esfuerzo y que obligaría a la gente que ya está seriamente sobrecargada de

trabajo a asumir aún más responsabilidades. En realidad, tal y como hemos visto, la nueva propuesta requiere una integración del apostolado vocacional en todos nuestros esfuerzos, en lugar de una multiplicación de nuevos programas.

Si formáis parte de este grupo de desalentados, ¡por favor, renovad vuestra confianza! En particular, os invito a releer las palabras de aliento del Papa que he citado anteriormente.

Dar una mayor prioridad al apostolado vocacional

La conclusión de esta circular es obvia: os estoy invitando a todos vosotros, como individuos y como Provincias y Regiones, a dar una prioridad mucho mayor al apostolado vocacional. Se trata de una necesidad urgente, y no deberíamos perder tiempo y ponernos a trabajar seriamente.

Los Directores de Vocaciones presentes en Roma han enviado un mensaje que contiene doce recomendaciones prácticas para todos los miembros de la Compañía. Os animo a que comencéis a poner en práctica estas recomendaciones.

En particular, recomiendan que todos los Marianistas “dediquen una parte importante de su tiempo a la obra de las vocaciones” (n° 2), y afirman que “el ministerio vocacional es un hilo común en toda nuestra obra apostólica” (n° 11). Las vocaciones religiosas Marianistas no son responsabilidad de los superiores, formadores, o de los responsables de vocaciones; han de ser una obra en la que participemos cada uno de nosotros. Si verdaderamente entendemos la necesidad de integrar la dimensión vocacional en todos los apostolados, y especialmente centrándonos cada vez más en los jóvenes, no nos parecerá raro que cada uno de nosotros dedique una parte importante de su esfuerzo a esta cuestión.

Por último, todos nuestros esfuerzos en el apostolado vocacional dependen del Señor y de la intercesión de María por su Compañía. La mayoría de las comunidades mencionan esta intención casi todos los días. Nuestra oración habitual por las vocaciones debe trascender la rutina formalista. Necesitamos orar teniendo fe en que Dios nos está respondiendo, y necesitamos ser concretos y específicos cuando oramos por esas personas a nuestro alrededor que están considerando un compromiso de por vida como religiosos Marianistas.

Con la confianza de que estas oraciones serán escuchadas de la forma y en el momento en que el Señor lo considere más oportuno, os invito a llevar a cabo una acción especial por las vocaciones religiosas marianistas a lo largo del próximo año, cuando celebremos el Jubileo de nuestra Redención y nos preparemos para la beatificación de nuestro Fundador.

Fraternalmente,

David Joseph Fleming, S.M.
Superior General